

La carta

Por Benjamín Recacha García

“A veces pienso y digo: quién se pudiese volver un pájaro y arrancar el vuelo para casa, porque en once meses que llevo de guerra y no poder ni ir un solo día con permiso... Pero en fin, es la guerra y hay que aguantarse con lo que venga, porque yo creo que más tarde o más temprano se tiene que terminar algún día y si no me ha pasado nada ya nos veremos, porque si llegase ese día se me figuraría mentira...”

... Once meses que me parecen once años. Sólo tengo 21, y sin embargo me siento casi un viejo, con la vista puesta más en lo vivido que en lo que quede por delante. Agazapado entre trincheras, expuesto al frío y a la lluvia, comiendo barro, atrapado en esta guerra asesina mirar al futuro es mirar a la muerte, es caer en los brazos de la desesperanza, de la resignación... Madre, cómo la echo de menos a usted, a mis hermanos, a mi gente, a mi tierra... Miro al pasado y pienso en lo feliz que era en mi Archena, en mi casa, trabajando en la huerta y en la fábrica de conservas. Lo que daría por volver.

Pero no, estoy muy lejos de allí, atrapado en estas montañas catalanas, tristes y frías, que se diría que lloran sabedoras de nuestra suerte, a la que sólo queda poner fecha, la que decida Franco y su ejército sanguinario.

Ojalá, madre, llegue usted a leer esta carta en la que no le hablo de las cosas tan tristes que pienso. No quiero que sufra usted más, ya ha sufrido demasiado en esta vida sacando a cuatro hijos adelante usted sola, trabajando, trabajando y trabajando, y procurándonos un futuro. Ahora sufro yo en su lugar y Dios quiera que algún día podamos leer juntos estas cartas que le escribo desde el frente. Recordaré entonces lo que siento en estos momentos y daré gracias al Señor por haberme permitido sobrevivir.

Si muero aquí, junto a este río Ebro que fluye aparentemente tranquilo pero que arrastra en sus aguas el sufrimiento de una España que se desangra, me quedará el consuelo de haber servido con honor a mi país, de haber cumplido como soldado... Menudo consuelo, pero quién lo iba a decir de aquel muchacho

hogareño, tranquilo y risueño, que no había salido nunca de su pueblo y que resulta que acabó recibiendo honores de Estado, vitoreado como un héroe desfilando por la calles de la lejana Gerona tras haber resistido tres meses, sin apenas recursos, la rabia del ejército franquista.

Me llevo el recuerdo de esas montañas imponentes del Pirineo Aragonés, esa tierra tan dura, tan diferente de la vega murciana, tan fértil, tan llana. La primera vez que contemplé aquellas alturas imposibles de rocas afiladas, cubiertas por completo de blanco, no podía creer que fueran reales. Los lugareños, gentes curtidas por un clima implacable y un territorio hostil a los humanos, debían mirarme como si fuera bobo. Pensarían que cómo iban a ser capaces de defender sus hogares un puñado de soldados apabullados por el paisaje, sin armas y sin provisiones.

Pues vaya si los defendimos, sus hogares y a todos sus habitantes. La 43 División, madre, pasará a la historia como un grupo de héroes que luchó por la República hasta el último momento y que ni siquiera cuando se quedó sin nada con lo que combatir al enemigo se rindió. Al contrario, antes que pensar en salvar nuestra vida pensamos en la de los miles de habitantes de aquellos pueblecitos dejados de la mano de Dios y los condujimos a Francia para ponerlos a salvo de la furia rebelde. Ay, madre, no imagina usted lo duro que fue para aquellas gentes, ancianos, mujeres, niños y enfermos, abrirse camino hasta la frontera a través de las alturas nevadas.

Cuando todo esto acabe le contaré las historias de mi vida en las montañas, de cómo yo también crucé la frontera caminando por la nieve y cómo cuando las autoridades francesas nos dieron a elegir entre entregarnos a Franco o continuar en el bando republicano la inmensa mayoría decidimos conservar nuestro honor y regresar al frente por Cataluña. Le hablaré de todo eso madre, y recordaré con una sonrisa aliviada este momento en el que me cuesta horrores mantener la esperanza.

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

Antonio Fernández Garrido era uno de tantos jóvenes que apenas comenzaban a descubrir la vida cuando la guerra les enseñó que la vida es, sobre todo,

sufrimiento e injusticia. El estallido de la Guerra Civil lo cogió en el bando republicano, pero podría haberlo hecho en alguno de los territorios rápidamente conquistados por el rebelde, con lo cual su historia probablemente habría acabado siendo muy diferente. Es posible que hubiera acabado sus días rodeado de los suyos, o no, pero desde luego los suyos habrían sabido dónde encontrarlo. Lo que es seguro es que de haber luchado en el bando rebelde jamás habría acabado protagonizando este relato, que es el suyo, pero que podría ser el de cualquiera de las decenas de miles de víctimas desaparecidas y casi siempre olvidadas de aquella contienda maldita.

Un día de octubre de 1937 a Antonio lo reclutaron en su Archena natal. Lo llevaron a Cartagena y de ahí a Lérida, donde se integró en la 129 Brigada Mixta. Nadie sabe a ciencia cierta cuál fue su periplo por la guerra hasta acabar un año después en la tristemente famosa Batalla del Ebro. Nadie lo sabe, aunque su sobrino, Antonio Gómez Fernández, ha conseguido acercarse mucho a descubrirlo tras ocho años de una investigación a la que prácticamente sólo le falta conocer el desenlace.

Este relato lo protagoniza un muchacho real, que vivió y murió en la España en guerra. Su historia podría haber sido parecida a la que aquí se explica.

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

Tenía la esperanza de que me reclamaran para la Escuela de Tanques de Archena y encontrarme allí con mi hermano, pero voy a acabar muy lejos. Nos mandan al frente de Aragón. No nos dicen gran cosa, pero no hay que ser muy listo para darse cuenta de que los rebeldes están ganando terreno. Madre, sé que mi obligación es defender a mi país y luchar por la República, pero tengo miedo. Yo nunca le he hecho daño a nadie. Cuando me pusieron el rifle en las manos y me dijeron que desde ese momento sería mi mejor amigo sentí escalofríos de sólo pensar que tendría que disparar contra otras personas. Me pongo a pensar en cómo serán los soldados del otro bando y me digo que la mayoría tienen que ser muchachos como yo, como los que estamos aquí, atrapados en esta guerra que no puede ser buena para nadie. Pienso en cosas así, madre, en si seré capaz de disparar contra uno de esos muchachos. Tendré

que hacerlo, porque la guerra es eso: matar para que no te maten. También pienso que dispararía con gusto contra ese Franco desgraciado, así se acabaría la guerra de golpe, pero, claro, a ése no me lo voy a encontrar en el campo de batalla.

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

El campo de batalla tras la contienda es el lugar más siniestro que uno pueda imaginar. Los cuerpos yacen sobre la tierra manchada de sangre, muchos sin vida, maltrechos otros, los más afortunados con heridas que les permitirán llevar una vida digna lejos de las balas y las piezas de artillería, pero los hay también que hubieran preferido morir. Ay, madre, ojalá no tenga que asistir usted nunca a tan terrible espectáculo. Yo podría acabar como uno de esos soldados, sin piernas, con la cara desfigurada, con el vientre reventado... Si tengo que caer espero que Dios sea misericordioso conmigo y me permita morir antes que sufrir los terribles dolores que padecen esos pobres hombres o que caer en manos del enemigo sediento de sangre... Aunque, madre, debo confesarle que se hace muy difícil confiar en Dios cuando ves lo que yo llevo viendo un día tras otro desde que entramos en Aragón.

Puede que alguno de esos hombres haya sido víctima de mis disparos. No es tan difícil como creía. Se trata, simplemente, de apuntar y apretar el gatillo. Tras los primeros tres o cuatro intentos se vuelve muy fácil. Dejas de ver en tu objetivo a personas. No son más que enemigos a los que hay que eliminar o lo harán ellos. El corazón te late a mil pulsaciones y no hay tiempo para pensar. Todo se reduce a disparar y mantenerse lo mejor resguardado posible. Es terrible, madre. Ayer mismo al compañero que tenía justo a mi izquierda una bala le atravesó la frente. Cayó fulminado, apenas a medio metro de donde yo estaba. Juan se llamaba, de Almería. Antes de la escaramuza me había enseñado la foto de su novia, que siempre llevaba colgada del cuello. Trato de no pensar en cómo se sentirá esa chica cuando le digan que Juan no va a volver, porque cuando lo hago no puedo evitar pensar en cómo se sentiría usted, madre, si esa bala hubiera acabado en mi frente.

¿Sabe qué? Es horrible reconocerlo, pero todos los que sobrevivimos a una de estas batallas respiramos aliviados por no encontrarnos entre los caídos.

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

El enemigo es muy poderoso. Lo único que podemos hacer es replegarnos, huir hacia el norte buscando el refugio de las montañas. Aragón está cayendo a toda velocidad en sus manos mientras los nuestros caen como moscas. Me gustaría escribirle, madre, y contarle lo mal que lo estoy pasando, lo duro que es esto, el sinsentido de la guerra, pero no puedo, no quiero preocuparla más de lo mucho que ya debe estarlo, así que me conformo con hablarle, como si el viento pudiera trasladarle mis pensamientos a tantos kilómetros de distancia.

Los oficiales no saben qué hacer, se ven superados por la evidencia de que el ejército franquista es mucho más numeroso, mejor preparado, y cuenta con más y mejores armas. Hoy han decidido que la mitad de mi brigada se incorpore a la 72, perteneciente a la 43 División, para defender las posiciones republicanas en el Pirineo. Al mando está un coronel al que llaman Esquinazau, un tipo muy conocido en estas tierras y que goza del respeto de sus hombres. La verdad es que andamos escasos de optimismo, así que nos vendría bien alguien al mando capaz de transmitirnos valor y confianza.

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

Resulta difícil comprender cómo estas gentes del Pirineo consiguen sobrevivir en sus pueblecitos aislados del resto del mundo. La única manera de acceder a este lugar remoto es a través de senderos por los que no caben dos personas una al lado de la otra. Sin embargo, aquí están e incluso hasta aquí ha llegado la guerra. Me pregunto si existirá algún rincón que haya quedado al margen de esta locura, aunque viendo que ni pueblos ocultos entre montañas inaccesibles se han librado no lo creo.

Madre, le gustaría a usted este paisaje. No parece real, sino más bien obra de algún pintor capaz de dar vida a los escenarios más maravillosos. La primavera se retrasa en estas alturas, pero hemos tenido la suerte de llegar con el día soleado y tengo que decirle que contemplar la silueta de las montañas cargadas

de nieve sobre el cielo azul más luminoso que he visto en la vida es una experiencia inolvidable. Qué paradoja, ser testigo de tanta belleza gracias a la peor de las calamidades.

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

Madre, uno llega a acostumbrarse a la guerra. Al principio es muy duro, pero resulta sorprendente lo pronto que se aprende a convivir con la muerte, a aceptar con resignación que quizás seas el siguiente en caer. Creo que ésa es la única manera de estar aquí sin volverse loco, pero algunos no lo consiguen. Ya he visto a más de un compañero perder la cabeza, presa del pánico y la desesperación. También se da el caso opuesto, el de quienes se crecen con el olor a muerte y disfrutan en el combate. En mi opinión ésos también han perdido la cabeza.

A lo que no me acostumbro es al frío. Hasta llegar aquí no tenía ni idea de lo que es pasar frío de verdad. Las noches son lo peor. Da igual cuánta ropa te pongas y las mantas que te echas por encima. Dormir al raso en pleno invierno es una tortura. Incluso sueño que tengo frío, madre. Jamás me había preocupado por una cosa así, pero ahora tengo el frío metido en los huesos y en la cabeza a todas horas.

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

La situación empieza a ser desesperada. No imagina usted, madre, lo que yo daría por poder volar hasta casa. En verdad no sé si lo haría, no porque no lo desee con toda mi alma, sino porque no podría abandonar a su suerte a esta pobre gente del Pirineo que se ve expulsada de sus casas por las bombas fascistas. Los senderos que comunican a estos pueblos y aldeas son un reguero de mujeres, niños y ancianos que no entienden por qué los castigan de esta manera. Salen con lo puesto, rumbo a un futuro incierto que únicamente promete miseria y penurias.

Los oficiales de la división han dado la orden de evacuar a la población hacia Francia. Esas gentes de mirada triste y el corazón vacío de esperanza tendrán que cruzar la frontera por la montaña nevada. Miro a esas cumbres imponentes

y me pregunto de dónde van a sacar fuerzas.... Madre, no quiero imaginar que a usted también le toque huir.

El Esquinazau es un tipo intrépido, con mucha experiencia en la guerra y el ánimo siempre alto. Es un buen oficial, pero ni siquiera él puede ocultar que estamos perdiendo la guerra. Nos quedamos sin munición y las provisiones son cada día más escasas, y aunque gracias al ingenio hemos salido airosos de algunas escaramuzas la realidad es que el enemigo nos obliga a replegarnos. La dificultad del terreno es nuestro único aliado y lo que nos ha protegido hasta ahora de la derrota total.

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

También nosotros nos vamos a Francia. Imagínese, madre, yo en Francia. Es la única opción que nos queda para no ser aniquilados. Casi todos los civiles han cruzado ya la frontera y a los milicianos ya sólo nos queda esperar la orden para emprender el mismo camino.

Los franceses sólo nos dejarán entrar en su país si entregamos las armas. La verdad, madre, es que da igual que las llevemos encima porque no nos queda munición que disparar.

No sé qué nos espera, pero sueño con que nos permitan regresar a casa. Ojalá pudiera escribirle una carta con tan buena noticia.

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

La guerra no ha acabado para mí, madre. Los franceses no están precisamente entusiasmados por acoger a 7.000 soldados republicanos, así que después de la dura travesía por la montaña nos han dado a elegir entre entregarnos a la España franquista o continuar fieles a la República. Usted sabe que yo no soy ningún valiente, pero tampoco soy un cobarde y mucho menos un traidor, así que la única opción posible era la segunda. Sólo unos pocos han decidido entregarse. No se lo reprocho. Probablemente es el camino más rápido y seguro para volver con sus familias. Espero equivocarme.

Pese a todo, el ánimo de la tropa es hoy mucho más alto que cuando dejamos Bielsa. El comprobar que continuamos unidos y pensar que hemos sido capaces

de burlar a un enemigo mucho más numeroso, mejor preparado y equipado, nos ha renovado las energías y la confianza en que nuestra suerte no está echada.

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

Hoy me han recibido como a un héroe. La gente de Gerona se ha echado a la calle para aclamar a la "gloriosa" 43 División. Los miembros del gobierno nos han felicitado en persona, asegurando que nuestro ejemplo es el modelo a seguir para resistir y acabar ganando esta guerra. Sé que son sólo palabras bienintencionadas, producto más del deseo que de la realidad. En verdad, madre, sé poco de cómo avanza la guerra, pero si Aragón ha caído en manos de Franco estoy seguro de que va a seguir ganando terreno para conquistar Cataluña. Aquí, sin embargo, es difícil no ser optimista. Todos están con la República, y lo mejor de todo es que por fin voy a poder dormir sin acordarme del frío.

Me parece que hayan pasado años desde la última vez que estuve en una ciudad rodeado de gente que sigue haciendo vida normal, prácticamente ajena a las penurias de la guerra. ¿Sabe, madre? A veces cuando cierro los ojos me veo regresando a Archena, feliz por volver y por haber ayudado a la República. La veo a usted con una sonrisa de oreja a oreja y llorando a la vez de felicidad. Veo a mis hermanos, a la Segunda, que tanto me cuidó cuando no era más que un mocoso, y veo a los vecinos, a mis amigos del pueblo, que me saludan con respeto y admiración. Cuando vuelvo a abrir los párpados esas imágenes que parecían tan reales se han esfumado y continúo aquí, solo en medio de la guerra, tan lejos de todas las personas a las que quiero.

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

Gerona me pareció una ciudad grande, pero eso era porque todavía no había estado en Barcelona. Madre, esto es una locura, hay gente por todas partes, montones de soldados que esperan un nuevo destino en el frente o que aprovechan los días de permiso, como yo. A los integrantes de la 43 División nos han concedido quince como recompensa por nuestra resistencia en la Bolsa

de Bielsa. Qué alegría cuando nos lo comunicaron. La única pena es no poder disfrutarlos en casa, pero ¿sabe una cosa? Paseando por La Rambla, que vaya calle más grande y más bonita, tendría usted que verla, pues no se imagina con quién me he encontrado... Con José. Menudo abrazo nos hemos dado. Ha sido el momento más feliz desde que salí de casa. No ha habido muchos, la verdad. Ni medallas, ni honores de Estado. La alegría de ver a mi hermano no se puede comparar con nada de eso. Nos hemos acordado mucho de usted y de nuestras hermanas, y hemos hablado de lo que haremos cuando volvamos a casa. Ojalá se acabara ya la guerra y pudiéramos coger un tren hoy mismo los dos juntos.

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

Vuelvo al frente, madre. Nos han reclamado para reforzar las líneas del Ebro, debe ser que Franco prepara una ofensiva. No me parece justo que no nos dejen disfrutar de todos los días de permiso que nos habían dado, creo que me los merecía después de tantas penalidades. La verdad es que en Barcelona no nos han tratado muy bien a los de la 43. Los soldados y oficiales de otras divisiones nos miraban mal y hacían comentarios. No acabo de entender el motivo, pero debe ser por cosas de política que a mí ni me van ni me vienen. Me he dado cuenta, madre, de que dentro de nuestro mismo bando hay quienes se llevan a matar, y eso no puede ser nada bueno cuando tenemos un enemigo común tan poderoso e implacable. No creo que en el bando rebelde haya esas envidias e intrigas que lo único que consiguen es debilitar nuestras ya maltrechas fuerzas.

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

Madre, recibir sus cartas es lo que mantiene viva mi esperanza de volver a casa. Me alegra mucho leerlas y a la vez me produce una inmensa tristeza porque me veo impotente de no poder regresar junto a los míos, aunque esto último no se lo voy a decir, que no quiero que esté triste también usted.

Sentado aquí, en la trinchera llena de barro, en medio de un bosque donde el silencio sólo lo rompe el sonido de la artillería a lo lejos, allí abajo, cerca del río, y la tos de los soldados cansados, tristes, resignados muchos de ellos, pero no asustados, porque, madre, el miedo cuando estás atrapado en la guerra se

pierde muy pronto. Nadie en estas circunstancias podría sobrevivir presa del miedo. Le decía, madre, que sentado en esta zanja pienso en qué escribirle, qué contarle para que sonría usted un poco al leer mi carta y mantenga la esperanza de ver pronto a su hijo, éste que le habla con el pensamiento.

Me pregunto si esos hombres que dirigen la guerra escribirán a sus madres, a sus esposas, a sus hijos, si pensarán en los soldados como yo, cansados de odio, miseria y muerte, que sin dudar cambiarían rifles y munición por papel y lápiz con que escribir en letras bien grandes: "LA GUERRA HA TERMINADO. POR FIN VUELVO A CASA."

"Mi querida madre, me alegraré de que a la llegada de estas mis letras se encuentre disfrutando de una perfecta salud en compañía de mis hermanos y de toda la familia. Yo quedo bien por ahora.

Madre, la suya fue en mi poder en fecha 30 de agosto, la cual me sirvió de mucha alegría de ver que están bien, que eso es lo que yo más deseo. (...)

Madre, de lo que me dice que Tomás está en el hospital de Albacete y que a lo mejor lo echarán para su casa, pues yo me alegro mucho, que ya que yo pudiera encontrarme por un lado de esa forma, que esa sería mi mayor alegría. Porque a veces pienso y digo: quién se pudiese volver un pájaro y arrancar el vuelo para casa, porque en once meses que llevo de guerra y no poder ni ir un solo día con permiso... Esto lo digo porque sé que de esa parte creo que han ido algunos. Pero en fin, es la guerra y hay que aguantarse con lo que venga, porque yo creo que más tarde o más temprano se tiene que terminar algún día y si no me ha pasado nada ya nos veremos, porque si llegase ese día se me figuraría mentira."

Fragmento de la última carta que Antonio Fernández Garrido envió a su madre, en campaña, desde el frente de la Batalla del Ebro, el 14 de septiembre de 1938. Nunca más volvió a escribir.